

MARIA EN LAS BODAS DE CANA

DIA VEINTITRES

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Nuptiæ factæ sunt in Cana Galileæ, et erat mater Jesu ibi. Vocatus est autem et Jesus et discipuli ejus ad nuptias. Et deficiente vino, dicit mater Jesu ad eum: Vinum non habent. Et dicit ei Jesus: Quid mihi et tibi est mulier? nondum venit hora mea.

Joan., II, 1-4.

Dicit mater ejus ad ministris. Quodecumque dixerit vobis, facite. Dixit eis Jesus: Implete hydrias aqua. Et impleverunt eas usque ad summum. Ut autem gustavit architectus aquam vinum factam, vocat sponsum, et dicit ei: Omnis homo primum bonum vinum ponit, et cum inebriati fuerint, tunc id quod deterius est. Tu autem servasti bonum vinum usque adhuc. Hoc fecit initium signorum Jesus in Cana Galileæ; et manifestavit gloriam suam, et crediderunt in eum discipuli ejus.

Ibid., 5, 7, 9-11.

Placuerunt verba hæc, et mirabantur sapientiam ejus, et dicebant alter ad alterum: Non est talis mulier super terram, in aspectu, in pulchritudine, et in sensu verborum. Et dixit ad illam: Benefecit Deus qui misit te, quoniam bona est promissio tua. Si mihi fecerit hoc Deus tuus, erit et Deus meus, et nomen tuum nominabitur in universa terra.

Judith., XI, 18-21.

Jussit eam introire, et constituit quid daretur illi de convivio suo.

Judith., XXI, 1.

Non potero manducare his quæ mihi præcipis tribu. Vivit anima tua, Domine meus, quoniam non expendet omnia hæc ancilla tua, donec faciat Deus in manu mea hæc quæ cogitavi

Id., XII, 2 4.

Non vereatur introire ad Dominum meum, ut manducet cum eo, et bibat vinum in jucunditate. Cui respondit: Quæ ego sum ut contradicam Domino meo? Omne quod erit ante oculus ejus bonum et optimum faciam. Et ingressa stetit ante faciem ejus. Et accepit, et manducavit et bibit ea quæ paraverat illi ancilla ejus.

Ibid., 12-15, 19.

Introduxit me in cellam vinariam; ordinavit in me charitatem.

Cant., II, 4.

Sicut vitta coccinea labia tua: et eloquium tuum dulce

Id., IV, 3.

Comedite, amici, et bibite et inebriamini, carissimi.

Id., V, 1.

Petitionem unam parvulam ego deprecor a te: ne confundas faciem meam. Et dixit ei: Pete, mater, neque enim fas est ut avertam faciem meam.

III. Reg., II, 20.

Ad te, Domine, levavi animam meam: Deus meus, in te confido, non erubescam.

Psal., XXIV, 1.

Non erubescam quoniam speravi in te. Innocentes et recti adhæcerunt mihi quia sustinui te. Libera, Deus, Israël ex omnibus tribulationibus suis.

Ibid., 24.

Non sedi cum consilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo.... Cum impiis non sebedo.

Id., XXV, 4.

Credo videre bona Domini in terra viventium.

Id., XXVI, 9.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Excepto este milagro, todo respira en este festín el misterio y el sacramento. ¿Qué hay de particular en ver en esta fiesta nupcial al que ha venido al mundo para ser Él mismo el objeto de una ceremonia semejante? El Verbo es el esposo, y la naturaleza humana es la esposa, y uno y otra son conjuntamente el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. El seno de María es el punto de su unión. A favor del misterio que cubre esta unión se ve al esposo decir á la madre que le ha engendrado y á la que trata aparentemente como una extraña, que nada hay de común entre ella y Él. La madre pedía un milagro, pero Jesús, que quería practicar un acto divino como que no quiso dejar comprender que cedía á instancias humanas y responde á su madre: El que obra en mí los milagros no os atañe. Lo que tengo de vos no es sino una pobre naturaleza, y reconoceré los derechos que tenéis sobre mí cuando la naturaleza humana estará enclavada en la cruz. Esto es lo que significan estas palabras: «No es llegada mi hora.» (*Aug. tract. 8. in Joan. c. I, 3*).

II. Tales son las palabras admirablemente tiernas y llenas de misericordia que dirigió nuestra dulce madre y abogada nuestra á su divino Hijo en favor de las pobres criaturas débiles y desengañadas. No habló así para echarnos en cara nuestra indigencia y humillarnos, sino al contrario, con el fin de mover la compasión de Jesucristo hacia nosotros, y solicitar de Él que nos concediera el vino misterioso de las delicias divinas y de la santa embriaguez, manantial inagotable de todas las virtudes que necesitamos para subir al cielo. (*S. Bernard. Sen. serm. de 7. verb. B. M. V. art. 3*).

III. Cuando ella dijo: No tienen vino, no era su intención hablar de una necesidad cualquiera al que sabe todas las cosas, sino que la amorosa Virgen sentía una secreta unción de interceder en favor de las pobres criaturas y convertirse en abogada de los pobres necesitados, y habló por ellos tan luego como comprendió su necesidad; y sin espesar á que le rogáramos para atender á nuestras necesidades, conociendo de antemano nuestra miseria, deseaba consolarnos y pidió á su divino Hijo unos bienes que todavía no habíamos solicitado nosotros, y dijo: No tienen vino. (*Id. Ibid.*).

IV. La Santísima Virgen, á quien no abandonó jamás el espíritu de Dios, previó el milagro que debía obrar su Hijo, y resolvió á hablar á Jesús del prodigio que esperaba. Y Jesús le respondió: ¿Qué hay de común entre los dos? Sólo hay de común la carne mortal, la humanidad que de vos he recibido y que es capaz de sufrir el hambre, la sed y hasta la muerte, pero que es incapaz de hacer milagros. Lo que cambia el agua en vino no es mi humanidad, sino mi divinidad. (*S. Euseb. hom. int. Epiph.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

En las bodas de Caná pronunció María dos palabras notables que expresan perfectamente el carácter de intercesión de María y del culto que le tributamos, carácter de mediadora cerca del Mediador: *Ad mediatorem mediatrix*. La primera fué: «No tienen vino» y con ella manifiesta nuestras necesidades con un interés verdaderamente maternal y con un grande apoyo, pues era á un tiempo mismo nuestra madre y la madre de Jesús. La segunda fué: «Haced cuanto Él os dijere» lo que explica

que nos somete á Jesús y la satisfacción que de Él obtiene. No manda sino para enseñarnos á obedecerle, y ella nos da la primera el ejemplo.

I. Como Mediadora se dirige á Jesús: «No tienen vino.»

Se ha observado que María sólo habló cuatro veces en el curso de su vida, siendo así que había engendrado la palabra. Por esta misma razón no habla. No habla exteriormente, porque no cesaba de hablar interiormente con la Palabra, el Verbo, el Hijo que había engendrado y que, después de haber salido de su seno había permanecido en su alma. En ese íntimo santuario estaba en continuo coloquio con Él. Cuando aparentemente parecía olvidarla y desatenderla en el exterior como «Salvador,» la contemplaba y festejaba interiormente como «Dios.» Exteriormente le decía: «Mujer, ¿qué nos va á tí y á mí? aun no es llegada mi hora,» pero interiormente le decía: «Madre, pide y cuanto pidieres te será concedido.»

II. Como Mediadora se dirige á nosotros.

Evidentemente á esta palabra de Jesús sigue esta de María: «Haced cuanto Él os dijere.» Sin esta interpretación no podrían explicarse las palabras de Jesús, que siendo una *prueba* para la fe de María, de anonadamiento y humillación para su corazón, la humildad con que las recibió la hizo inmediatamente digna de las palabras interiores, digna del milagro.

«Haced» es palabra de mandato y confianza; «cuanto Él os dijere» son palabras de sumisión y humildad.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. En las bodas de Caná, la justificación está representada en los apóstoles. Ved lo que dice el Evangelio: «Jesús cambió el agua en vino.» Este fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea; donde manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos. La justificación se atribuye á la fe, no porque ella baste por sí misma, sino porque es el primer principio, y, como dice el concilio de Trento: «la raíz de toda gracia.» No podía explicarnos el texto sagrado en términos más claros la gracia justificante, ni tampoco con más claridad la parte que tomó la Virgen divina en esta obra maravillosa. ¿Quién ignora que el milagro sobre el que se fundó la fe de los apóstoles fué efecto de la caridad y de las oraciones de María? Al parecer, fué desairada cuando solicitó esta gracia. «Mujer, le dijo el Salvador, ¿qué nos va á tí y á mí? Aun no es llegada mi hora.» Si bien estas palabras parecen rudas y tienen un carácter seco, no por esto se cree María rechazada; conoce la fuente misericordiosa, el desdén aparente y las excusas misteriosas del esposo sagrado. Conoce todos los resortes secretos de que se vale su amor ingenioso para poner las almas á prueba. Sabe que algunas veces nos desdén para que aprendamos á sufrir con humildad y seamos perseverantes, si es que no nos oye la primera vez que acudimos á Él. No fué desechada María. ¿Qué será lo que no obtenga una madre semejante, á la cual todo se lo concede su Hijo, aun en los momentos mismos en que aparenta desairarla? ¿Qué será lo que le niegue llegada la hora de glorificarla y con Él toda la tierra, puesto que, como dice san Juan Crisóstomo, hace adelantar la hora que Él había fijado? Jesús, que aparentemente la desdénó, hizo precisamente lo que ella deseaba.

¿Quién podrá admirarse de que Jesús no hiciera su primer milagro, sino á instancias de María? Este milagro se diferencia de los otros, en que se efectuó para una cosa que no era necesaria. ¿Acaso hacía falta el vino en ese banquete? Lo deseó María y fué bastante. ¿Quién no se admirará de ver que sólo intervino en éste, que presentó tan inmediatamente una imagen de la justificación de los pecados? ¿Fué esto casual? No, sino que más bien tuvo el Espíritu Santo, el designio de hacernos comprender lo que nos dice San Agustín al interpretar este misterio. «Siendo la Virgen incomparable, madre de nuestro jefe, según la carne, debió ser según el espíritu madre de todos sus miembros, cooperando con su santidad al nacimiento espiritual de los hijos de Dios.» Ya veis que entendemos este misterio como lo entendieron desde los primeros siglos los que estudiaron antes que nosotros las Escrituras sagradas. — (Bossuet, *serm. sobre la 2^a ev. á la Sma. Vir.*)

II. ¡Oh bodas afortunadas que os habéis distinguido por tan grandes y numerosos privilegios, y que brillan por las cosas que se vieron! Yo veo en la bienaventurada María, la imagen de la castidad y de la fecundidad; en la presencia de Jesús veo figurada la humildad y la pobreza; en la de los

apóstoles la obediencia y la paciencia. En esto está la honra y gloria de los matrimonios, su privilegio y dignidad. En el vino que multiplica Jesús, veo los gozos constantes de un matrimonio feliz, y en las vasijas que hace llenar, veo el triste fin del hombre.

María dice á su Hijo: "No tienen vino." Según el Evangelio de San Lucas y el de San Juan, María no habló más que seis veces: La primera palabra que dijo, es ésta: "¿Cómo será ésto porque no conozco varón? La segunda: He aquí la esclava del Señor. La tercera: Mi alma glorifica al Señor. La cuarta: Hijo mío, ¿por qué lo has hecho a-í con nosotros? La quinta: No tienen vino. La sexta: Haced cuanto El os dijere."

Estas son como las seis gradas del trono de Salomón, las seis hojas del Líbano, los seis brazos del candelero. — (S. Antonio de Padua, *serm. Dom. 2. Ephí.*)

III. La relación evangélica de las bodas de Caná, como ya se sabe, es el fundamento de que se valen para atacar el culto de la madre de Dios; es, por decirlo así, el escándalo de los débiles y lo que pone á prueba á los fuertes. Por lo que á nosotros toca, después de haberla estudiado, no vacilamos en pensar con los más sabios doctores, así como creemos con la Iglesia, que éste es uno de los fundamentos más edificantes del culto de la Virgen Santísima. — (Nicolás, *la Virgen, según el Evangelio, cap. XVII.*)

IV. NO TIENE VINO. — ¿Podrá creerse que ha habido inteligencias de tal temple á quienes ha parecido que esta expresión de María era nacida puramente de un vano sentimiento de ambición maternal, el de presentar en espectáculo la Divinidad de su Hijo y reflejarla en sí?

Esta expresión brilla por el contrario con todo lo que excluye la vanidad, el ruido, el brillo, la preocupación personal que se le supone; respira, en su brevedad sublime, la caridad, la discreción, la confianza, la fe, el abandono, la dignidad modesta y sufrida, toda el alma de María. Esta no manda, no pide siquiera; limitase á exponer, ó aun á informar á la bondad divina, que falta el vino, porque á los que propenden naturalmente á la beneficencia, no es necesario instarles, basta presentarles ocasión de ejercerla.

Y como la beneficencia de Jesús no puede mostrarse aquí sino por un milagro, y un milagro, que no ha tenido precedente, la expresión de María arguye una fe admirable en el poder divino de su Hijo; dícele: *No tienen vino* como quien habla al principio creador de todas las cosas, á quien le basta seguir su inclinación así de poder como de bondad para derramarlas. Hay al mismo tiempo en esta expresión una maravillosa confianza de María en su valimiento para con Jesús; pero una confianza toda de sumisión; porque su ascendiente consiste, sobre todo, en el sentimiento de su dependencia. Finalmente, se siente en ella una especie de inteligencia íntima entre María y Jesús, que la dispensa de largos discursos, y que ella emplea en provecho de su humildad, que le hace amar el silencio.

He ahí algunos de los grandes afectos que respiran en esa sencilla expresión de María. Sólo tiene tres palabras; pero esta misma brevedad forma su extensión . . . En estas palabras: *¿Qué tengo yo que ver contigo?* hemos seguido las traducciones ordinarias. Seríamos de todo punto indiferente

atenernos á ellas; pero la verdad nos obliga á decir que no son estos los mismos términos del Evangelio, y que su sentido está notablemente modificado. Los términos textuales son estos, á decir de los intérpretes menos sospechosos, señaladamente de Calvino, Grocio y M. de Lamennais después de su caída: *¿Qué importa eso á mí y á tí?* — (Nicolás, *la Virgen, según el Evangelio, cap. XVII.*)

V. ¿Podía dejar la madre de Jesús de sentirse conmovida y de manifestar su simpatía y compasión? ¿Qué podía brotar del manantial de misericordia sino misericordia? ¿Acaso la mano que durante todo un día ha guardado un embalsamado fruto no conserva durante largos instantes el aroma que despidió? Así también la misericordia impregnó con su virtud las entrañas de María en las que descansó durante nueve meses. Su alma se llenó de misericordia antes que su seno, y no por haber salido de su seno, se retiró de su alma. — (San Bernardo, *Dom. 1. port. Oct. Epiph. Serm. 1.*)

VI. Entonces fué cuando se celebraron unas bodas en Caná de Galilea. Los esposos, que eran parientes de la Santa Virgen, convidaron á María, á Jesús y á sus discípulos. Aceptaron todos aquella cordial invitación; y la Virgen, siempre buena y obsequiosa, se anticipó á los demás para ayudar á preparar el festín en que las costumbres del país exigían cierto grado de esplendor. Sin embargo, la reunión era numerosa y la familia pobre; el esposo había calculado mal, y el vino casi se había agotado, cuando Nuestro Señor, que quería elevar el matrimonio al rango de las cosas santas, purificándole con su presencia, entró en la sala del banquete, seguido de Pedro, de Andrés, de Felipe y de Nathanael, cuatro jóvenes pescadores, á quienes había inspirado la confianza de su misión y de su genio.

A la mitad de la comida faltó completamente el vino, y habiéndole observado al instante María por una seña de los esposos, volvióse hacia Jesús que se hallaba á su lado, y le dijo con santa intención: "¡Ya no tiene vino!" Mas Jesús la respondió en voz baja y acentuada: "Mujer, ¿qué hay de común entre vos y yo? ¡Mi hora no ha llegado aún!"

La Virgen, que quería evitar á sus parientes una humillación que los habría sonrojado mucho, no desistió de su deseo á pesar de la respuesta severa y enigmática de Cristo. Juzgó, pues, que si no había llegado aún la hora de la manifestación, Jesús la adelantaría en consideración á ella; y con una fe que haría mudar de sitio á las montañas, dijo con la mayor dulzura á los criados: "Haced todo lo que os diga." Había allí dos grandes ánforas de piedra que servían para las purificaciones; pues bien, por orden de Jesús las llenaron hasta el borde, del agua pura de una fuente vecina, y esta agua se convirtió al punto en un vino delicioso.

De este modo fué como la santa Virgen obtuvo las primicias de los milagros de su divino Hijo, doblegándose, por su intercesión caritativa, la voluntad misma de Dios — (Orsini, *La Virgen.*)

VII. En una pequeña ciudad de Galilea se celebraba un matrimonio. Jesús fué convidado con sus discípulos á las bodas. (Juan, II, 1).

Fué Jesús al convite para cumplir con un deber de conveniencia y de caridad. Fué virgen con la Santísima Virgen para dar con su presencia santidad al matrimonio y señalar con un hecho memorable su entrada á la vi-

da pública. Puras son las bodas honradas por el Rey sin mancha y la immaculada Reina. Agradable es el festín en que uno y otro toman parte. Reinan en él la animación y el gozo,

Repentinamente se alteraron los semblantes de los dos esposos. Sabiendo que faltaba vino por haberse agotado la provisión hecha para los convidados, llena de compasión hacia esas pobres gentes, cuya turbación era grande, y sin dudar ni un sólo instante ni del poder ni de la voluntad de su Hijo, María, volviéndose á Jesús, le dijo: "No tienen vino." No pide á Jesús ni un milagro, ni una limosna, ni una acción que se atraiga la admiración de los presentes; solamente le dice: "No tienen vino."

Admirable es en este caso la intervención de una madre que había pasado por todas las privaciones de la indigencia, en medio de la que nunca pidiera nada para sí ni para los suyos.

¿Qué responde Jesús? "Mujer, ¿qué nos va á tí y á mí? aun no es llegada mi hora."

¡Rudas encontraréis estas palabras, oh almas sensibles! Pero tranquilizaos, porque nada contienen que pueda alarmaros. Las oís desnudas de comentarios, y no podéis contemplar la mirada significativa que las acompañaba, para comprender su verdadera significación.

Los hechos son los que deben dároslos. Todos hablan en favor de María. ¿Qué significa la palabra mujer, que es la que al parecer nos choca? No tiene la culpa de esto Jesús, sino el idioma. En la lengua hebrea y en los idiomas orientales, por ejemplo, en árabe, la palabra mujer nada encierra que sea despreciable, ni aun en boca de un hijo. Es una palabra genérica, y de ningún modo manifiesta desdén hacia el individuo ni hacia el sexo. Antes del pecado, éste era el nombre de Eva, y Jesús lo usará para darlo á Magdalena en el momento de su resurrección, sin que de ningún modo signifique desprecio. En estos momentos conviene que comprendamos el sentido elevado de esta palabra.

Jesús, que obedecía á María en la vida privada, no depende en su vida pública mas que de su Padre. Todo puede concederle por gracia, pero en su nuevo ministerio nada debe á la naturaleza. Su misión descendiende de lo alto, y debe ejercerla de una manera independiente de la familia. El Evangelio nos hace comprender esta idea elevada por medio de la oposición combinada de los nombres de mujer y madre. La madre fué la que habló de Caná: Jesús respondió á la mujer, para que no se tomara como un acto de obediencia lo que no era sino un efecto de bondad. Tal es el primer sentido de esta palabra que nos sumerge en la duda.

La segunda es más sublime todavía. La palabra genérica mujer, aplicada á la Santísima Virgen, sólo puede admirar á los que no han registrado las divinas Escrituras. En los libros santos se anuncia bajo este nombre á la madre del Redentor, y este nombre significa, no una mujer común, sino la mujer por excelencia, la mujer modelo, la mujer reparadora, la verdadera mujer tal como Dios la había predestinado, la mujer que de tal modo representará á la humanidad entera, que su Hijo se llamará el Hijo del hombre, aunque haya nacido de ella sola y no de un hombre. Por esto se lee en el Génesis: Enemistades pondré entre tí y la mujer. (Gen.,

III, 13). Así Isabel: Bendita eres entre todas las mujeres. (Lúc., I, 42). También dice el discípulo amado, su hijo adoptivo: "La mujer se me apareció vestida de sol, teniendo á sus pies la luna, y en la cabeza una corona con doce estrellas. (Apoc., I, 1).

Dios oía alabar, Isabel glorificar y Juan exaltar á María. Luego el nombre de mujer, es un título de nobleza y no una frase desdenosa. Oh mujer, le dice Jesús: oh mujer privilegiada, oh mujer bienaventurada, oh mujer predestinada para reparar la falta de la primera mujer y reemplazar, en la obra de la regeneración, al mismo Creador. Porque Dios fué el que hizo á Adán, é hijo vuestro será el Hijo del hombre, por obra del Espíritu Santo.

Prosigamos. "¿Qué nos va á tí y á mí?" Nada hay más justo y verdadero que esta palabra. Ni á Jesús ni á María que eran simplemente unos convidados, correspondía arreglar el orden del festín y atender á sus necesidades; á Jesús y á María mucho menos que á los demás, porque estaban acostumbrados á la sobriedad y á la indigencia, y no les hacía falta alguna el vino.

Otras han traducido estas frases así: "¿Qué hay de común entre los dos?" La letra del texto sagrado no exige esta interpretación rigurosa. En el fondo debe dársele la que le hemos dado antes. En todo caso, sólo puede señalar la línea divisoria entre la vida privada de Jesús, en la que obedecía como hijo, y su vida pública, en que mandaba como Señor. Tal vez, si nos atenemos al uso moderno, hubiéramos empleado nosotros otra fórmula y hubiéramos dicho: El Verbo de Dios sabe mejor que nosotros como debe usar de la palabra. Nosotros adoptamos la usada, que consideramos sublime, y no podemos hacer sino callar y adorar.

Como quiera que sea, de ningún modo trata Jesús de desoir el deseo oculto que se trasluce en las palabras de María. Debemos entenderlo en sentido contrario y esta es una de las pruebas más firmes del poder que ejercía María en el corazón de Jesús.

Efectivamente, creció sucesivamente la fe de María en luz é inteligencia. Ella, que no comprendió estas palabras: "¿Para qué me buscabais, no sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?" (Lúc., II, 49). Comprendió después otras palabras mucho más difíciles: "¿Mujer, qué nos va á tí y á mí?" Si hubiese considerado desairado su deseo, modesta y sumisa hubiera conservado un silencio profundo. Pero el evangelista nos dice: Su madre dijo á los criados, "Haced cuanto Él os dijere." (Joan., II, 5). Estas palabras indican que esperaba algo que estuviere en relación con su caritativo deseo. Efectivamente, Jesús obró en el acto un doble milagro para manifestar su gloria. Espera el momento escogido por Él y cambia en un vino delicioso el agua de que acababa de hacer llenar las ánforas.

Consuelo siente el corazón con esta explicación natural y verdadera. ¡Cuán bueno se muestra Jesús al escoger, para hacer su primer milagro, un teatro tan modesto como una pequeña habitación de Caná, y sobre todo, cuando lo hizo por satisfacer un deseo de su madre y auxiliar á aquellas pobres gentes! ¡Cuán admirable se presenta María en su ministerio de caridad, y cuánto ensalza en modestia la confianza que en su Hijo tenía!

Aprendan á contener sus deseos los que, tratándose de Dios, esperan siempre cosas sobrenaturales. Sepamos que la vida común y las acciones más ordinarias de la vida, pueden ser santificadas lo mismo que los actos de devoción más meritorios. Recurramos sin temor á la divina Providencia en nuestras necesidades y en las de nuestros prójimos. Sobre todo, busquemos sin cesar la compañía de Jesús y de María con el corazón alegre, y jamás se agotará para nosotros el vino generoso que engendra las vírgenes al mismo tiempo que á los esposos cristianos. — (*Monseñor Pavy, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXIII

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

Hemos probado ya que la Santísima Virgen ha dado al mundo grandísimas pruebas de la protección que le dispensa. Si nos enseña el evangelio que Nuestro Señor está con su Iglesia todo el tiempo y no la abandonará nunca hasta el fin de los siglos, con igual verdad puede decirse lo mismo de la Santísima Virgen. No ha abdicado Nuestro Señor su título de padre ni las obligaciones de su paternidad: *non relinquam vos orphanos*. Tampoco ha olvidado María que fué investida en el Gólgota de una nueva maternidad sobre nosotros, los hijos del siglo diez y nueve, que tenemos el derecho de llamarnos sus favorecidos, puesto que derrama sobre nosotros sus dones infinitos.

Hace algunos años que acaeció al pie de los Pirineos un hecho extraordinario. Una pobre muchacha, hija del pueblo, al reunir la leña que se necesitaba en su casa para el gasto doméstico, apercibió en la sinuosidad de una roca una visión celeste que le pareció eacantadora, pero no le dijo cómo se llamaba. Quince veces se produjo para ella la misma visión, que saliendo al fin del misterio que la envolvía, declaró ser la *Inmaculada Concepción*.

Poco pensaba el mundo en esos momentos en el prodigio

de que acababa de ser testigo el pueblo de Lourdes. La prosperidad nacional y el triunfo político del gobierno tenían preocupados los ánimos sobre asuntos enteramente diversos de la aparición. Entregada la Francia al torbellino de sus pasiones y de sus placeres, y arrastrada por las malas ideas de la época actual, veía con indiferencia que las ideas católicas caían más y más en el olvido. Esta debilidad en las creencias se debía á la guerra que hacían á la religión el jefe de la nación y los fieles todos.

La *sabiduría* que presidía el gobierno de los pueblos seguía como siempre el camino de la justicia. Existía en Roma un poder supremo y sagrado por su origen, por sus servicios, por su antigüedad y por su debilidad física, ó sea el papado, bueno y débil como una madre, según ha dicho un célebre orador moderno.

A pesar de todos estos títulos de impotencia, los soberanos políticos del mundo resolvieron la pérdida de este poder, y para conseguirla, le envilecieron. Y desataron contra él toda clase de calumnias y toda suerte de escritos pagados al efecto.

Lo que se quería era debilitar su autoridad por todos los medios posibles. ¿Cómo podía perdonarle el crimen de haber promulgado el dogma de la Inmaculada Concepción y publicado el índice que contiene todos los errores condenados? Estos eran abusos escandalosos del poder; preciso era ponerles coto y castigar la audacia del que los promoviera.

Para acabar más pronto, el ataque fué general; se abrieron de par en par las puertas de todas las oficinas de la impiedad. El mundo vió caer sobre sí, si nos es dado expresarnos de este modo, una avalancha de negaciones, injurias y blasfemias. Dios, el alma, la eternidad, los principios y las personas, todo, por decirlo así, fué objeto del sarcasmo de los descendientes de los libertinos del siglo